

La Enseñanza.



REDACCION.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

Señorita Angela Lozano.
Manuel Orozco y Berra.
Hilarion Frias y Soto.
Manuel Peredo.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO IV. }

MÉXICO, JUNIO 15 DE 1874.

{ NUM. 62.

CUENTOS DE MI ABUELO.

EL DIARIO DE MODAS.

[Concluye.]

M. de Linval tenía precisamente un hermano establecido en Beaucaire; y era uno de los mas ricos negociantes de aquella ciudad. Hizo á su hija la propuesta de ir á pasar toda la mala estacion en casa de su tío, á fin de reponer su salud, de la que se cuidaria con toda la buena asistencia imaginable. Ema, aunque bien convencida de que la estancia de aquella ciudad le seria saludable, tenia repugnancia para ir á vivir en una pequeña poblacion, y distante mas de ciento cincuenta leguas de Paris. ¿Qué hacer durante una tan larga ausencia? ¿con quién poder hablar de modas, dijes, trajes, etc.? ¿á la vista de quién hacer lucir su buen gusto, delicado tacto, y primores? Era exponerse á morir. aburrida; era realmente enterrarse en vida. M. de Linval, en cuya cabeza se fraguaba ya un plan harto gracioso, discurrió, despues de haber usado de mil instancias con su hija, que podría determinarla á hacer este saludable viaje con lisonjear su amor

propio, y particularmente su inclinacion á la moda. Le propuso, pues, que llevase en su compañía á una doncella diestra é inteligente, la cual le haria cuantos trajes y cosas Ema desease; y á fin de que su distancia de Paris no la privase de cuanto el buen gusto pudiese introducir en esta capital, le ofreció abonarla en el *Diario de Modas*, que esperece semanalmente en toda la Francia las nuevas cosas con que se enriquece Paris. «A la remesa del diario, dijo M. de Linval, añadiré las telas, cintas, sombreros y adornos que sé anuncien; y como tendrás un grabado fiel de todo ello en el diario, igualmente que todas las sábias y necesarias menudencias para el establecimiento de estas obras maestras del delicado gusto, te será fácil mandarlo hacer todo parecido, y por consiguiente estar siempre á la moda, aunque distante de la capital; y añadir é inventar por tí misma, lo que tu doncella ejecutará al momento. Piensa bien en que esto, por otro lado, te proporcionará la satisfacion de dar la ley en punto de modas á toda una ciudad, y de verte imitada por todas las damas de Beaucaire á porfía, las que te venerarán como á la favorita del dios del buen gusto, y te colmarán de obsequios y parabienes.»

Tan lisonjeras esperanzas sedujeron á Ema. Por mas esmero que use una dama en su compostura,

necesita de un inmenso caudal para sobresalir en Paris; pero todo llama la atencion y dá golpe en una ciudad de provincia; y la cosa mas sencilla deslumbra, siempre que vaya acompañada de la gracia. Nuestra jóven petimetra aceptó, pues, la propuesta de su padre. Por sí misma fué antes de partir á suscribirse en el *Diario de Modas*, con la mira de que se le dirigiesen puntualmente á Beaucaire; se separó de su padre, no sin verter algunas lágrimas; y se puso en camino, acompañada de su doncella, y sobrecargada de telas nuevas, sombreros y cintas modernas, con lo que queria hacer en casa de su tío una entrada triunfal, y mostrarse digna de la fama que allí ya se le habia adelantado.

M. de Linval, que á las prendas del mejor padre agregaba la finura y jovialidad de un hombre amable, fué en el dia mismo de la partida de Ema á entenderse con el compositor del *Diario de Modas*, para hacer insertar en el ejemplar que habia de dirigirse á su hija, cuanto pudiera mejorar al mismo tiempo su salud, y curarla mas especialmente de aquella insaciable propension á la moda, en que llegaba hasta el extremo de la ridiculez.

Este diario, con grandísima aceptacion entre las damas, no sale, como se sabe, sino de ocho en ocho dias. Se compone comunmente de diez y seis pági-

nas, y adornado de muchas láminas iluminadas, que dan una idea cabal de los nuevos trajes inventados por la moda, y cuya circunstanciada descripción se halla en el texto del periódico. M. de Linval mandó hacer á expensas suyas grabados particulares que se unian á cada uno de los números que partian para Beaucaire, y en los cuales mandaba imprimir la especificación concerniente á las nuevas modas que se le antojaba inventar en su gabinete.

Como su fin era desde luego restablecer el pecho de su querida Ema, mandó insertar trajes calientes y cómodos. Unas veces era un capoton de *merino*, aforrado de armiño ó *chinchilla*, que cubria los brazos, y cruzaba sobre el pecho; otras un ancho *spencer* de levantina amaranto, guarnecido de *astrakan*, que bajaba hasta mas allá de las caderas, y subia hasta por debajo de la barbilla..... Despues se leia en el texto del diario que desde la estrecha alianza entre la Francia y Rusia, eran muy de moda las pieles; que ninguna señora de gusto podia presentarse sin llevarlas mas ó ménos; de que se originaba el elogio de los vestidos forrados, como tambien una menuda y puntualísima descripción de sus formas, colores, efectos, y variedad..... Y hé aquí nuestra loquilla, que pertrechada de los diferentes objetos que su padre cuidaba mucho de enviarle, se ocupaba en imitar los nuevos trajes que los grabados representaban; y hé aquí cómo á ejemplo suyo todas las damas de Beaucaire, admiradas del buen gusto, gracias y aire de la jóven parisiense, se cubren de *astrakan*, *armiño* y *chinchilla*.

Ema no cabia en sí de gozo. Hecha el ídolo de toda una ciudad á la que servia de modelo en punto de modas, disponia la forma y color de los vestidos, sombreros, calzado, y de cuanto formaba la compostura: finalmente, experimentó que podemos gozar de algunas satisfacciones léjos de la capital, y que aun en las provincias hay la misma disposición que en Paris para seguir los caprichos de la moda. Ema se hizo tanto mas distinguir, cuanto reponiéndose diariamente su pecho, gracias á los vestidos cuyos diseños se debian á la divertida invención de M. de Linval, volvió á su buen humor y viveza, que daban nuevo realce al encanto de sus gracias. No se hablaba ya en Beaucaire é inmediaciones suyas sino de la jóven parisiense, de la bonita Ema. Iban tras ella en los paseos, la cercaban en todas las concurrencias, y á porfía la recibian, festejaban, y dirigian los mas lisonjeros obsequios.

Comenzaba á desaparecer el invierno, y rayar los primeros días de la primavera. Ema, á pesar de cuantas satisfacciones gozaba, se sintió deseosa de volver al lado de su padre, de hacer una visita á Paris, y acercarse al templo de la moda. M. de Linval, que no anhelaba ménos por dar un abrazo á la jóven viajera, cuya salud habia sabido reponer; accedió inmediatamente á los deseos de su hija, y se fijó en seguida el día de su vuelta. Pero este amable padre, queriendo curarla al mismo tiempo de su ridícula manía, y atraerla á la razón atacando su amor propio, mandó insertar en el último número del diario que fué á Beaucaire, un grabado acompañado de seis páginas de texto, destinadas enteramente á describir un vestido de camino del último gusto. Léfase allí que desde que infinitas princesas alemanas habian venido á Paris para las grandes funciones que la corte habia dado, y que se presentaban en las cacerías de Versalles, todas las petimetras de la capital se apresuraban á imitar el traje de estas bellas extranjerías. «Diariamente, añadía el diario, desde el medio día hasta las cinco, ya sea en las Tullerías, ó sea en los Boulevards, no se encuentran sino señoras vestidas por el estilo del nuevo traje que el grabado representa.»

M. de Linval se habia divertido en componerle así: un sombrero de pelo tricolor; es decir, cuyo casco era azul, amarilla la parte superior de las alas, y verde la inferior, y atándose por debajo de la barbilla con una cinta cubierta de escamas de cobre dorado, como se ve en los cascos de los dragones y coraceros; este sombrero estaba adornado con tres plumas negras que caian por delante, y completaban su mojíganga: un vestido de amazona de paño

verde monte, con cuello de terciopelo carmesí, vueltas y solapas de azul celeste: todo realzado con una inmensa cantidad de botoncillos blancos y alamares encarnados. El guardapiés de este traje estaba abierto por el lado derecho, en que la tela se hallaba recogida con dos borlitas parecidas á los alamares, lo que dejaba al descubierto una parte de la pierna: borcegufes á lo húsar amarillos y con tacon encarnado; grandes guantes de rengífero; y un látigo en la mano.

Aunque este traje, que el diario anunciaba como divino, y abrazado por todas las buenas mozas del día, pareció hartó extravagante á Ema, su extrañeza misma tuvo un cierto valor á su vista. Como esta doncella tenía una talla primorosa, y con especialidad una pierna bien hecha, halló en esta vestimenta la ocasion de hacer lucir uno y otro: en su consecuencia, resolvió no presentarse en Paris mas que vestida con este traje, que en su sentir era tan vistoso. M. de Linval habia mandado dirigirle con el último número del diario el sombrero *tricolor* y cuanto podia completar la *amazona polaca*: este nombre daba el diario á este supuesto traje. Ema puso manos á la obra con su doncella; y al cabo de unos días fué vestida con este traje á despedirse de las damas de Beaucaire, que quisieron imitarla al punto, y volvieron la cabeza á todos los fabricantes para tener sombreros tricolores.

Llegó, pues, Ema á Paris despues de cinco días de posta á eso de las cuatro de la tarde. En aquel día mismo el célebre Talma, de quien una enfermedad habia privado por algun tiempo á su apasionado público, volvía á presentarse en el papel de *Manlio*, en que su inimitable talento muestra todo su vigor y esplendor. M. de Linval, que estaba cierto de que su hija llegaría con sobrado tiempo para gozar de este hermoso espectáculo, habia tomado un aposento al que se proponia llevarla, y finalizar el plan que tenia ideado. Todo Paris iba en tropel al Teatro Francés, para rendir homenaje al primer favorito de *Melpomene*, y darle el parabien de que los socorros del arte le hubiesen restituido á los deseos de la Francia literaria. Ema, despues de haber experimentado la mas cariñosa acogida de parte de su padre, y probádole de la suya por cuán feliz se tenia en volver á verse estrechada en sus brazos, quiso adornarse con mucha finura para ir á aquella lucida representación, en la que se proponia parecer como en una fiesta; pero M. de Linval le hizo presente que no habia cosa ninguna mas de moda ni vistosa que la *amazona* que ella traía; le aconsejó presentarse vestida así, para hacer ver á las gentes que venia de un largo viaje, y que al apearse se habia apresurado á venir á unir sus parabienes con los de todos los verdaderos amantes de las artes.

Le agradó en extremo á Ema este pensamiento: se aceleró á dar una nueva frescura á su traje polaco, y componer su hermoso pelo que el camino habia puesto algo desgrefinado; y fué al Teatro Francés, en que la amazona produjo todo el efecto que M. de Linval se habia propuesto. La extrañeza y mojíganga de su vestimenta excitaron la risa general en todo el teatro. Ema creyó al principio que alguno de los aposentos inmediatos al suyo era la causa de este desórden; cuanto mas descubre el cuerpo para mirar á sus lados, tanto mayores son las carcajadas del patio, que la señala con el dedo. Muchas señoras conocidas de M. de Linval entran en su aposento en el que tenían asiento, y vienen con dificultad en conocimiento de la jóven viajera. Pregúntanle riendo si viene de *Armenia* ó de *Congo*; la muelen á preguntas sobre su raro traje, y les dan tentaciones de creer que la amazona está tocada de locura. Ema, turbada y confusa, responde que es la última moda, que ella se ha apresurado á abrazar, á ejemplo de todas las petimetras de Paris, y tomado su exacto modelo en el *Diario de Modas*..... De nuevo se echan á reír estas damas, quienes á la vista de este extraño traje, y particularmente del sombrero tricolor con tres plumas negras, no pueden ménos de confesar á Ema que es un chasco que han querido darle; y que tan ridícula vestimenta no fué traída jamás por ninguna mujer de Paris, ni mencionada en el diario. Nuestra via-

jera creia estar soñando: indagaba la causa de tan extraño error, cuando echó de ver en el rostro de su padre, que no podia ménos de reír ya á su turno, que él era el autor del nuevo traje, y redactor de los números que iban á Beaucaire. Ema, no obstante el pesar y confusión que sentia en lo interior de su alma, no pudo ménos de hallar tan divertida como ingeniosa la lección. Quitóse al punto su sombrero *tricolor*, puso sobre su amazona verde un chal de una de las damas que tenía á su lado, y fué la primera que se chancó sobre la rareza de su vestido..... Reflexionando Ema despues hasta qué exceso de extravagancia puede arrastrarnos la manía de la novedad, se prometió renunciar á ella, y reconoció que una doncella, cuando es jóven y bonita, puede hacer algun sacrificio á la moda; pero que esta deidad de las buenas mozas es tan caprichosa é inconstante, que es una tontería que por ella andemos incomodados, alteremos la salud, arrostramos con la ridiculez y exponemos la vida.

MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

CAPITULO V.

DEL MODO DE CONDUCIRNOS EN SOCIEDAD.

ARTICULO I.

DE LA CONVERSACION.

SECCION PRIMERA.

De la conversacion en general.

I

La conversacion es el alma y el alimento de toda sociedad, por cuanto sin ella careceriamos del medio mas pronto y eficaz de transmitir nuestras ideas y de hacer mas agradable y útil el trato con nuestros semejantes. Pero pensemos que ella puede conducirnos á cada paso á situaciones difíciles y deslucidas, cuando no esté presidida por la dignidad y la discrecion, y que no basta el deseo y la facilidad de comunicar nuestros pensamientos, para hacerlo de manera que nos atraigamos el aprecio y la consideracion de las personas que nos oyen.

II

Nada hay que revele mas claramente la educacion de una persona, que su conversacion: el tono y las inflexiones de la voz, la manera de pronunciar, la eleccion de los términos, el juego de la fisonomía, los movimientos del cuerpo, y todas las demás circunstancias físicas y morales que acompañan la enunciaci6n de las ideas, dan á conocer desde luego el grado de cultura y delicadeza de cada cual, desde la persona mas vulgar hasta aquella que posee las mas finas y elegantes maneras.

III

La infinita variedad de los asuntos que se tratan en sociedad, los diferentes grados de intruccion y de experiencia que muestran los interlocutores, el empeño que naturalmente toma cada cual en discurrir con erudicion y acierto, y las diversas fases que presenta el corazon humano en el comercio general de las opiniones, dan á la conversacion un carácter eminentemente instructivo, y la hacen servir eficazmente al desarrollo de las facultades y al importante conocimiento del mundo.

IV

La conversacion debe estar siempre animada de un espíritu de benevolencia y consideracion que se extienda, no solo á todos los circunstantes, sino tambien á los que no se hallan presentes; siendo muy digno de notarse, que toda idea ofensiva á personas ausentes, incluye tambien la falta de ofender el carácter de las que nos oyen, por cuanto de este modo las consideramos capaces de hacerse cómplices de semejante vileza.

V

Por muy discretas y muy cultas que sean las personas con quienes acostumbremos conversar, pensemos que alguna vez podremos oír palabras que bajo algun respecto nos sean desagradables, pues en el ancho espacio que recorre la conversacion, difícil es que sean siempre lisonjeados todos los gustos, todas las opiniones y todos los caprichos. La tolerancia, que es la virtud mas conservadora de la armonía social, será en semejantes casos nuestra única guía; y así, dejaremos correr libremente todas las especies que se viertan en medio de una conversacion pacífica y amistosa, sin manifestarnos nunca ofendidos por lo que evidentemente no se haya dicho con la dañada intencion de mortificarnos.

VI

La afabilidad y la dulzura son en todas ocasiones el mas poderoso atractivo de la conversacion; pero cuando hablamos con señoras, vienen á ser deberes estrictos, de que no debemos apartarnos jamás.

VII

No tomemos nunca la palabra, sin estar seguros de que hallaremos con facilidad todos los términos y frases que sean indispensables para expresar claramente nuestras ideas.

VIII

Cuando se sostiene un diálogo, ambos interlocutores deben cuidar de conservar una perfecta inteligencia en la recíproca enunciacion de sus ideas, pues es sobremanera desagradable y aun ridículo, el que llegue á un punto en que hayan de persuadirse de que cada uno hablaba en diferente sentido.

IX

En el caso de conocer que la persona con quien hablamos no nos ha comprendido, guardémonos de decirle *Vd. no me entiende*, ni ninguna otra expresion semejante que pueda ofender su amor propio. Aunque creamos habernos explicado con bastante claridad, la buena educacion exige que aceptemos siempre como nuestra la falta, y que con suma naturalidad y buen modo le digamos: *veo que no he tenido la fortuna de explicarme bien; sin duda no he sabido hacerme entender; ó cualquiera otra cosa concebida en términos análogos.*

X

Tengamos especial cuidado de no perder jamás en sociedad la tranquilidad del ánimo, pues nada desluce tanto en ella á una persona, como una palabra, un movimiento cualquiera que indique exaltacion ó enojo. Cuando los puntos sobre que se discute se hacen controvertibles, se pone á prueba la civilidad y la cultura de los que toman parte en la discusion; y si queremos en tales casos salir con lucimiento y dar una buena idea de nuestra educacion, refrenemos todo arranque de amor propio, y aparezcamos siempre afables y corteses en toda contradiccion que experimentemos en nuestras opiniones.

XI

En ningun caso entremos en discusion con una persona, sobre materias que no interesen evidentemente á los demás circunstantes.

XII

Desde el momento que en una discusion observemos que nuestro adversario echa mano de sofismas, interpreta torcidamente nuestros conceptos, ó bien empieza á perder la calma y á exaltarse, abandonemos decididamente la cuestion por medio de palabras suaves y corteses.

[Continuará]

Á TODOS Ó Á NINGUNO.

Un maestro de escuela formaba en corro á sus discípulos y les advertía que cada yerro se graduaba á cogotazo por barba; pero tenia presente que algunos

de sus educandos eran chicos de buena familia, de *personas pudientes, de responsabilidad y arraigo*, y á éstos, aunque dijeran que, *injustamente* era nombre sustantivo propio, del género plural y número neutro, se guardaba muy bien de hacerles probar la percusion de sus dedos sobre el colodrillo. Un dia, formada la decuria de gramática, el dómine preguntaba: «¿Qué parte de la oracion es chorizo?—Verbo, contestó un pipiolo, y el maestro le agració con el cogotazo de ordenanza.—Preposicion, replicó un predilecto, y quedó ileso á pesar de la barbaridad de su respuesta.—Conjuncion, repuso otro niño mimado, y tampoco recibió el castigo de ordenanza.—Nombre epiceno, respondió un alumno gratuito.» El dómine alzó la mano furioso, en ademán de abatir con el peso de un tremendo bofetón al discípulo improductivo; pero el niño dió un salto atrás, exclamando con energía:—«Señor D. Bruno, á todos ó á ninguno.»

Flacos y gordos.

(FABULA.)

¿Cómo	Coman	Pero
Vive	Vaca,	Callen
Gordo	Coman	Metros
Paco,	Tordos,	Sordos,
Miéntras	Nunca	Y hablen
Roque	Flacos	Versos
Se halla	Se hacen	Lúcios,
Flaco?	Gordos.	Gordos.
—«Como	Coman	Unos
Comen,	Berzas,	Tienen
Dice	Coman	Carne
Paca,	Tacos,	Flaca,
Uno	Nunca	Aunque
Berzas	Gordos	Coman
Y otro	Se hacen	Mucha
Vaca!!.....»	Flacos.	Vaca.
—A eso	Otra	Y otros
Dice	Causa,	Tienen
Doña	Paca	Gordas
Diega:	Mia,	Fuerzas,
«Eres	Flacos	Aunque
Tonta,	Hace,	Solo
Y eres	Gordos	Coman
Ciega.	Cria;	Berzas.

Un pavo se almorzaba Juan Climaco,
Y estaba siempre flaco,
Miéntras Ruperto se almorzaba un tordo,
Y estaba siempre gordo.—

*Tén la naturaleza por amiga,
Y aunque no comas, criarás barriga.*

Un aniversario en Lóndres.

Era dia festivo en Lóndres, en el *hótel* Harrisson, Sullivan y C^á. El escritorio se habia cerrado; habia gran fiesta en la casa. Cerca de cien personas se hallaban reunidas en el vasto comedor. Cuarenta de entre ellas, eran hijos, nietos, sobrinos, etc., del rico comerciante. Las otras sesenta, eran empleados de la casa Harrisson, Sullivan y C^á, que era una de las más fuertes de la Cité.

La comida fué abundante. El buen humor, general, y el gefe, Gregorio Sullivan, tuvo para cada uno de sus huéspedes una palabra cariñosa.

Llegó la hora de los brándis, que es la más seria para nuestros vecinos de Ultra-Mancha.

«Hijos míos, dijo Sullivan, dirigiéndose á los miembros de su numerosa familia; hijos míos, creo deber daros á conocer en este dia, lo que la mayor parte de los presentes ignorais: el origen de mi fortuna; me consideraria indigno de la prosperidad que gozo, si dejase de haceros saber su procedencia.

Quiero brindar por dos personas cuyo recuerdo me es igualmente caro.

Brindad, hijos míos, á la salud de mi padre Daniel Sullivan; brindad por Jaime Harrisson.

«¡Hurrah por Daniel Sullivan!»

«¡Hurrah por Jaime Harrison!»

«Mi padre, dijo Gregorio cuando se hubo calmado el entusiasmo, mi padre fué ántes de que yo naciese un robusto y bravo obrero irlandés.

Cuando vine al mundo, hubo de abandonar á Dublin, en cuya ciudad carecia de trabajo, para venir con mi madre y yo á buscarlo á Lóndres. Mi madre me ha dicho varias veces cuánto se oprimieron sus corazones, cuando les fué preciso abandonar la verde y encantadora isla. Pero la necesidad es dura. Felizmente, la franca fisonomía y el atlético aspecto de mi padre, le proporcionaron desde que llegó, trabajo; se empleó en uno de esos diques del Támesis, donde siempre se necesitan brazos robustos. Mi padre ejercía con gusto ese rudo oficio que consiste en cargar todo el dia sobre la espalda pesados fardos, y en cargar y descargar los buques. Mi tierna y querida madre, enteramente dada á su casa y á su esposo, ayudaba al comun bienestar con los trabajos de la aguja. Ambos gozaban de esa pura felicidad concedida á los humildes que dejan á Dios el cuidado del mañana. Habian venido sucesivamente al mundo Joel, Jonatás, Jenny y Berta, en los cuatro años trascurridos despues de nuestra llegada á Lóndres; crecian y se robustecian á la sombra de la paz doméstica, y cuando llegaba el domingo, era de ver el gozo de nuestros padres al mostrarnos á los vecinos perfectamente cepillados y aseados.

Tan modesta felicidad, parece que deberia haber estado al abrigo de los golpes de fortuna; pero no lo estuvo.

Un dia, de triste memoria, nuestro padre llegó á casa dejando por primera vez sin concluir su tarea. Estaba pálido y oprimia contra sus labios un pañuelo teñido en sangre que se escapaba de su boca.

Al levantar un bulto demasiado pesado, ante el cual habian retrocedido sus compañeros, se le habia roto un vaso del pecho.

Se metió en el lecho diciendo: «no será nada.» Pero al siguiente dia, no pudo levantarse; «no será nada, nos dijo otra vez al abrazarnos; con algunos dias de reposo, pasará todo.» Sin embargo, por orden de mi madre, fui á buscar al médico de los pobres. El doctor examinó el estado en que se hallaba mi padre; tocó y auscultó su pecho, y se fué.

Mi madre, que le acompañó hasta la puerta, tardaba en volver; «vé á buscarla,» me dijo mi padre.

La encontré sentada en el dintel de la puerta y deshecha en llanto. «Gregorio, me dijo oprimiéndome contra su pecho, no digas á tu padre que he llorado ni llores tú tampoco; no llores delante de él y de tus hermanos.»

El médico volvía cada dos ó tres dias; mi madre le esperaba como al Mesías. Siempre que le acompañaba hasta la salida, se detenía allí un poco, pero volvía á entrar sonriendo; aquella sonrisa no me satisfacía, y hubiera deseado saber lo que el doctor la decía. Pero ella callaba. Se dirigía al lecho de mi padre, le abrazaba, le arreglaba y tomaba su labor, sin que yo pudiera entender si estaba consolada ó afligida.

Jenny y yo, hacíamos lo posible por ayudarla; ella cuidaba de los chicos, yo de las provisiones.

Cuando mi padre nos veía en torno suyo, se manifestaba contento. «Es bueno estar un poco enfermo; pero vas á echarme á perder; si fuera rico, no querría sanar, decía á mi madre. Ella reía, llamándole gran perezoso, y todos le abrazábamos; cuando alguno recibía un beso, todos los demás querían el suyo.

Observé una tarde que mi madre tenia los ojos enrojecidos. Esto me preocupó, sin dejarme dormir, y entónces ví que no se recogía sino que trabajaba toda la noche, ya para velar al enfermo, ya para avanzar en su trabajo.

La mañana de ese dia me habia dicho, llevándome aparte: «Gregorio, eres ya un hombrecito; pronto cumplirás diez años, tienes valor y juicio; vé á buscar á Juan Maxwell y díle que quiero hablarle. Despues te diré algo que he pensado.»

[Continuará.]

LOS JUEGOS.

LOS CORROS.

Entre todos los juegos de los niños ocupan un lugar de preferencia los *corros* que forman, entonando al mismo tiempo alegres canciones. ¿Quién de nosotros al bajar al Prado á tomar el fresco en una hermosa noche de verano, no ha visto estos *corros*, que particularmente las niñas forman cerca de la fuente de los Cuatro Tiempos? ¿Quién no ha escuchado con placer aquellos cánticos populares, que fueron también nuestro embeleso en los primeros años de la vida? ¿Qué inocentes y sencillas simpatías nacen de estos juegos!

Las niñas, como más pacíficas, toman parte en ellos con una avidez extraordinaria, y aceptan con alegría el papel que les está confiado, porque en estas escenas, todos los papeles se suceden alternativamente. En todas estas escenas hay su movimiento, su pequeña acción que interesa á todos los actores, acompañada de cánticos populares, no tan desprovistas de ritmo y de compás, que no han podido ballarse en forma de rigodon en salones más elevados y por personas que no eran niñas. La letra de estas canciones es algún romance popular, desfigurado, y cuyo origen se pierde en los remotos tiempos de donde proviene por tradición: de esta clase son los que empiezan:

Yo no quiero al conde de Cabra,
A la cinta, cinta de oro.

Una de las más graciosas cantinelas de los *corros* es aquella cuyo estribillo dice:

Señorita muy bien parecida,
Salga vd. á bailar;
Media vuelta dareis vos,
Si la quereis dar.

Durante ella, y á cada vuelta de la rueda, vá saliendo por su turno cada niña, empezando por la que hace de presidenta; y cogiendo á la niña que respectivamente la sigue, dá una vuelta con ella en medio de la rueda, y luego se vuelve á su puesto, volviendo á entonar su cántico. Esto se continúa hasta que todas las niñas del *corro* hayan dado su vuelta en medio, y muchas parejas se dan un besito, además de la vuelta de ordenanza.

Las madres, las abuelas, las nodrizas y las niferas, forman, por decirlo así, otro *corro* á corta distancia de las niñas. Sentadas en los bancos inmediatos ó en el pilón de la fuente, siguen con ansiedad los movimientos de los niños, escuchan sus cánticos y vigilan todos sus pasos. De vez en cuando se desprende alguna niña del *corro* y viene al regazo de su madre, radiante de placer, á dejar el pañuelo ó sombrero que le estorba, á enjugar el sudor de su frente, ó tal vez á prorumpir en alguna queja, porque las madres forman allí un tribunal de paz y conciliación, para aplacar todas las discordias y calmar los enojos, que por otra parte duran bien poco; pues los consejos se escuchan con impaciencia, ó se interrumpen para volver con las compañeras que están llamando. Las amas de cría y las niferas van y vienen para corregir, proteger y vigilar á la niña puesta á su cuidado, y cuando ociosas se reúnen, su coloquio no suele ser silencioso ni pacífico; pero las madres no hablan con delicia más que de sus hijos; repiten mil veces una misma cosa y siempre se escuchan con sonrisa. El carácter, las inclinaciones, las enfermedades y aun los dichos admirables de sus niños, son materia interminable de los diálogos; y mientras que se verifican, se enseñan unas á otras con orgullo aquellas criaturas en quienes fundan su porvenir y sus esperanzas.

No es solo en el salón del Prado donde se forman esos *corros* de niñas, cuyos movimientos son tan graciosos y sus trajes tan elegantes, como que en ellos se ha desplegado cierta coquetería de las madres para hacer valer las gracias de sus hijas. También en el Retiro y en las plazuelas del centro de la población, en aquellas en que hay árboles y frescu-

ra, se reúnen frecuentemente los niños y las niñas, haciendo resonar en todo el contorno sus cánticos y sus risas.

NIÑOS AEREONAUTAS.

Nunca he podido mirar esos globitos henchidos de gas que se venden en los paseos para recreo de los niños, sin recordar este tan singular como terrible suceso que no hace mucho tiempo leí en un periódico.

En América ha ocurrido últimamente un suceso cuyo relato inspira bastante interés. Un hombre llamado Wilson, subió en un globo, y á las pocas horas descendió á diez y ocho millas, junto á la casa de un tal Harvey. Queriendo éste entretener á sus hijos, que eran un niño de cuatro años y una niña de ocho, los metió dentro de la barquilla é hizo subir el globo varias veces, todo lo que permitía una cuerda con que le sujetaba. En una de las ascensiones el globo dió un fuerte bote y la cuerda se le escapó á Harvey, cuya desesperación no tuvo límites al ver desaparecer en el espacio las prendas de su corazón. Las gentes de todas las aldeas vecinas corrieron en todas direcciones para seguir la marcha del globo; pero éste se perdió completamente de vista. Al amanecer del día siguiente un labrador de las inmediaciones de Nueva-Cartago, descubrió el globo suspendido en el aire, y sujeto á un árbol en cuyas ramas se había enredado la cuerda que pendía de él. El labrador avisó á sus convecinos, y al dirigirse todos allá, encontraron al niño dormido en la barquilla, y á su hermanita cuidando de él. Cuenta la niña que durante la noche el globo había tomado diferentes direcciones, y no había parado hasta pocos momentos antes de ser visto por el labrador; que al ver ella que el globo subía mucho, gritó á su padre para que los bajara porque les daba miedo; que pasando por encima de una ciudad, donde había mucha gente, llamaron muy fuerte y nadie les oyó; que su hermanito lloraba porque tenía frío y miedo, y ella le tapó con el delantal y le cantó el *duerme niño mio*, hasta que se quedó dormido; que agarrándose á una de las cuerdas que pendían del globo, notó que se bajaba; y que cuando su hermanito se quedó bien dormido, ella tiró muy fuerte de aquella cuerda, y el globo fué bajando hasta el árbol. Los niños habían vagado en el espacio más de trece horas. La ciudad que dicen haber visto era Centralia, cuyos habitantes vieron en efecto atravesar un globo, bien distantes de sospechar que llevaba en su barquilla inocentes aereonautas; y como es de suponer, la cuerda á que se había asido la niña era la de la válvula.

EL AROMA DE LAS FLORES.

Una niña de seis años, hija de un cerrajero, murió últimamente después de haber arrojado por las narices, pocos días antes de espirar, una enorme oruga. Se presume que oliendo un ramo de rosas habría aspirado algunos huevecillos de aquel insecto. Según la opinión de los médicos, es probable que existiesen otras orugas en el cerebro de la niña, cuya agonía fué larga y dolorosa. La oruga arrojada se ha sometido al exámen de la facultad de medicina de Montpellier, que si confirma las apreciaciones de los médicos que asistieron á la niña, el funesto accidente que indicamos demostrará lo peligroso que es aspirar el aroma de las flores.

El pelicano y la naturaleza.

[FABULA.]

Al pelicano admiraba
Uno que le via amante
Dar su sangre á sus hijuelos;
Y exclamó: «¡Gran Dios! ¡qué ave!»

Naturaleza lo oyó,
Y preguntóle: «¿qué padres
Conoces tú, que á sus hijos
Les nieguen nunca su sangre?»

AFORISMOS ANTIGUOS Y MODERNOS SOBRE LA EDUCACION.

El gobierno doméstico es el principal de todos; de él toman origen los demás.

Si éste, que es como la raíz, no está bueno, no habrá ni buen tallo ni buenos frutos.

Porque los reinos se componen de familias.

En el país en que los padres y madres que gobiernan el hogar, dejan desarrollarse los malos instintos de sus hijos, no pueden subsistir pueblo, ciudad, villa, país, principado ni reino, que estén bien y pacíficamente gobernados.—LUTERO.

Son tan vagos é inciertos los síntomas de las inclinaciones en los niños, que no es fácil sentar una regla fija ó argumento sólido sobre ellas.

Un maestro debiera ser más bien fino y bien educado que muy instruido; aunque ambas cosas son convenientes cuando se hallen en una misma persona, sin embargo, la buena moralidad debe preferirse á la instrucción.

Es costumbre entre los maestros estar eternamente gritando al oído de sus discípulos, como en un embudo. Yo quisiera que los maestros enmendasen esta falta; que desde el principio, según la capacidad que tuvieran para educar, comenzasen á enseñar el texto permitiendo al discípulo gustar y examinar las cosas por sí mismo, escogerlas y discernirlas, abriéndole algunas veces el camino y haciendo otras que él mismo lo abra.

Sócrates, y después de él Argesilao, hacían primero hablar á sus discípulos y hablaban ellos después.

Es prerogativa de un alma fuerte y bien templada, conocer el modo de condescender con las pueriles nociones del discípulo, gobernarle y dirigirle.

Examine el maestro al discípulo, no solo respecto á las palabras de su lección, sino también respecto á su sentido y valor y juzgue de sus adelantos, no por el testimonio de la memoria, sino por el del entendimiento.—MONTAIGNE.

Fácilmente se puede ver cuán mala y perniciosa es una educación contranatural, contraria al curso propio y sistemático de la naturaleza, que impide aquella educación que está reconocida por el único medio de obtener un grado satisfactorio de moralidad.

Más un sistema de educación dirigido al objeto de hacer independiente al hombre, en vez de imponerle pesadas cadenas, un sistema semejante ¿no llevaría hacia la verdadera perfección, asegurando por este medio la felicidad de nuestra raza?—FORSTER.

LOS NIÑOS Y LA ASFIXIA.

El periódico *The Lancet* refiere el caso de una familia compuesta del matrimonio y cuatro hijos, que dormían en una sola cama en un cuarto pequeño y sin ventilación, habiendo por esta causa perecido en una noche dos criaturas, de ocho meses la una y tres años la otra, y experimentado los demás un principio de asfixia, que con dificultad pudo dominarse exponiendo á dos al aire libre. Dicho periódico añade que hay en Inglaterra muchísimas familias que se asfixian, si no tan rápidamente, á lo ménos de una manera lenta, contrayendo afecciones crónicas de los órganos respiratorios por encerrarse en viviendas estrechas y mal ventiladas.

El charlatan y el niño.

(FABULA.)

Contando un charlatan no sé qué cuento,
Durmiose á la mitad un cierto niño
Que le escuchaba atento.—

Poco interés el cuento encerraria,
Cuando era charlatan quien lo contaba
Y era un niño á su vez quien se dormia.